

# Complejo de superioridad

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 27.06.08

Muchas son las críticas que pueden hacerse a la política lingüística catalana. El regateo de estos últimos meses en torno a las horas de castellano en secundaria no puede ser más políticamente miope. Y la obsesión por controlar el nivel de los profesores universitarios revela una obsesión oficialista que no favorece el uso real del catalán, pero confirma todos los prejuicios. La política lingüística catalana revela una impotencia de fondo: no hay manera de promover el uso social de una lengua a la que los vientos globalizadores y el mercado de la comunicación empequeñecen. Tal impotencia se resuelve con inútiles normativas, que otorgan al catalán un perfil antipático y leguleyo. Nadie la defiende con inteligencia y tacto. Los socialistas no parecen disponer de una idea clara. Ora ejercen como entusiastas defensores del catalán (especialmente el president Montilla), ora lo consideran un engorro digno de figurar ya en el desván (véase la programación del Grec). El nacionalismo moderado, por su parte, la usó como ingrediente de la construcción nacional. Este fue el gran error de la etapa de Jordi Pujol. Si lo que importaba era salvar la lengua, había que despolitizarla al máximo y presentarla - sentimientos patrios al margen- como herencia común de todos los catalanes y patrimonio esencial de los españoles.

El débil paga más caros sus errores. Arreciarán las presiones contra el uso público del catalán. En Catalunya discutirán su hegemonía cada vez con más fuerza los sectores castellanohablantes que han adquirido ya - como anunciara Ernest Lluch- la base universitaria necesaria para

proponer su propia hegemonía. Contarán con el poderoso soporte de la nueva inmigración.

Pero los errores políticos y los abusos administrativos no justifican el tono reduccionista, displicente y engreído con que se aborda el tema de las lenguas en el manifiesto de los escritores. Los excesos autonómicos nunca estarán a la altura de la ignorancia y el desprecio con que se contemplan (hoy, no ya en el pasado) las lenguas no castellanas en innumerables instituciones del Estado (la justicia en primer lugar). Para captar este matiz hay que ponerse en la piel del otro, del diferente. Y los intelectuales castellanohablantes nunca lo hacen. Nunca.

Traduce el manifiesto un complejo de superioridad. Se afirma que el castellano no solamente es la lengua de mayor relieve internacional (como si debiéramos plegarnos todos al inglés), sino la común (se confunde la lengua oficial con la materna). Y, por si fuera poco, la única de perfil democrático. Y social: el inmigrante pierde el tiempo con el catalán. Contra el complejo de superioridad no valen argumentos. La riqueza de mi existencia no puedo explicarla a quien pretende que mi lengua materna no tenga espacio social y derive hacia el gueto. Son grandes escritores, pero no inmunes al desprecio de lo que ignoran.